

Fanatismo, intelectuales y panelistas¹

Por: Neldo Candelerero (UNR)

El pastor Miguel Brun me contó que hace algunos años estuvo con los indios del Chaco paraguayo. Él formaba parte de una misión evangelizadora. Los misioneros visitaron a un cacique que tenía prestigio de muy sabio. El cacique, un gordo quieto y callado, escuchó sin pestañear la propaganda religiosa que le leyeron en lengua de los indios. Cuando la lectura terminó, los misioneros se quedaron esperando. El cacique se tomó su tiempo. Después, opinó:

—Eso rasca. Y rasca mucho, y rasca muy bien. Y sentenció:

—Pero rasca donde no pica.

Eduardo Galeano (*El libro de los abrazos*)

NOTA: El presente escrito no es una obra de militancia: no tiene pretensión alguna de proselitismo. No se ha construido desde libros y sus tesis –aunque tesis y libros permitieron la textura del escrito–; y no se le considere una sentencia universal –es más bien una declaración surgente de afecciones y observaciones personales.

Creo que en cierto sentido, ni siquiera es un escrito de filosofía. (Lo cual para mí es muy meritorio.) Tómese como una declaración al pasar... Como aquel *protesto* que se hace en voz baja.

Estimado amigo... Si se siente ofendido... ¡tenga en cuenta que no estoy hablando de Usted! Y si no está de acuerdo... ¡tenga en cuenta que el escrito tampoco tiene pretensión de Verdad! (Una hipótesis no vale por su verdad..., sino por lo que *deja ver*..., través de ella.)

¹ Candelerero, Neldo. "Fanatismo, intelectuales y panelistas", en *Apuntes sobre el hombre-que-somos*, Laborde, Rosario, 2019. Corresponde parcialmente a: Conferencia dictada en la UNCAUS (Universidad Nacional de Chaco Austral), Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco), 18 de marzo de 2016, en el marco de un Seminario de "Antropología filosófica" (Maestría en educación universitaria – UNR).

Uno.

i. Por cierto que el **fanatismo** es muchas cosas –idea, actitud, acción...–; y desde ya que a estas muchas cosas, no menos le caben variadas interpretaciones. Sin embargo, pensamos es dable decir que esta ‘cosa’ de la que hablamos, implica ineludiblemente un aspecto *sensible*. Pues si no es que directamente se aplica con intención, acaba al menos por depositarse en la corporeidad de algún otro. Y allí, en este destino, duele; deviene toda una dolencia corpórea. El fanatismo es, en uno de sus modos, una dolorosa afección sensible.

Ahora bien, toda una curiosidad resulta que el fanático, de esto último, de la ‘dolencia’, pareciera no tener noticia ni sospecha (“¡No registra...!”); pareciera no tener vínculo alguno con la desagradable sensación que causa. Y acaso sea ésta la razón –es muy probable–, por la que generalmente banaliza o desestima al ‘fanatismo’ como tema/problema, y hasta niega su realidad. (“De qué te quejas...”, “No tienes por qué hacerlo”, “Cuál es el problema...”.). Más claramente: El fanático no es portador sensible de la dolencia fanática; es por ello que, ‘portador indolente’ (pero no ‘portador sano’), cognitivamente no logra sospechar ni imaginar siquiera la destructividad y herencia de su accionar –*herencia* implica *tenencia*, pero también *herida*. Sí lo sabe en cambio, y por la vía de la inherencia corporal, el receptor... En efecto, no es casualidad que el fanatismo sea ‘tema’ más de aquellos que lo padecen, que de aquellos que le actúan. Es *dolencia* al receptor; y es por ello que se hace más habitual que lo asuma ‘en queja’ quien lo recibe. Pareciera ser el destinatario el único realmente interesado en pensarlo. Por el contrario, bastante *des-interesado* suele estar quien lo aplica; pues el fanatismo, al fanático, le parece un tema *in-diferente* –un tema sin diferencia ‘especial’ entre los diversos *temas/problemas* (ideas) que hay.

ii. El fanático está *del otro lado* –del otro lado de sí, y del otro lado del otro. (En un modo, se trata de ‘lo mismo’.) Gnoseológicamente podríamos plantearlo de este modo: su *pensar* es *sin la cosa*. (‘Cosa’ y

‘otro’ dicen aquí tanto a los entes naturales, a las obras y a las personas, como al cuerpo propio.²⁾ El pensar fanático es pensar *sin alteridad*: no logra salirse de su ‘propiedad’ ni constituirse de ‘heterogeneidad’. (Parece, el fanático, estar encerrado en su propia sala de espejos.) Siendo un hombre *des-ocupado* de toda y cualquier fenoménica alteridad (acontecimientos *inyectivos* como calores, sonidos o aromas, e incluso colores..., se desatienden por ‘irreales’, pues no

² Cosa y Otro, aquí, son convertibles.

Vivimos en un mundo producido e interpretado, hecho de artefactos y objetos, de técnica y arte, de ciencia y filosofía –o ideología. Tal ‘habitación’ –en sentido substantivo y en sentido verbal–, tal habitación --constante e indeclinablemente ‘humana’, en su concordancia y compatibilidad con lo que los hombres de cada tiempo somos--, nos induce a pensar que ‘todo lo que hay’ se reduce a lo-que-se-sabe – completa y precisamente, por producción y/o interpretación. *El mundo humano, que hemos conseguido, nos propone y mantiene convencidos de que nada extraño hay entre nosotros.* Sin embargo, pensamos no es que lo extraño, lo ignoto, no esté..., es sólo que resulta positivamente incongruente con nuestros registros, y así, imperceptible, lo consideramos irrealidad, fruto de la ilusión, de la fantasía, del inconsciente, apreciación subjetiva. (De la imperceptibilidad... Tengamos en cuenta que un diagnóstico por imágenes tan sutil, como una ‘resonancia magnética’, nos informa con precisión de las siluetas y los movimientos de cierta ‘materialidad’..., pero nada nos dice de la temperatura ósea y muscular.)

Saber mucho, no es saber todo lo que hay; y cuando hablamos de ‘lo extraño’ no hablamos de ‘lo problematizado’, sino más bien de aquello que aún no reviste siquiera el título de ‘problema’, de algo más primario, o anterior, ‘lo inquietante’ –que juega, que se registra en el hombre por su efecto, aunque no (le) sepa el hombre ‘de dónde viene’, ‘qué es’, ‘ni cómo’, ‘ni adónde va’... (Lo inquietante es aquello que aparece, sin ser aún tema ni problema; sin ser artefacto de la Técnica, producto del Arte, o cuestión de la Ciencia o la Filosofía.)

Hay un modo de ser cosa que no es el del ser-objeto (tema / problema) ni el del ser-obra (técnica, artística) –ambas realidades, obradas, y en ese respecto, humanas–, sino el de ser-libre en modo, espacio y tiempo de lo humano del hombre, y en ese respecto ‘extra-humanas’. Este modo de ser resulta a la conciencia, que todo lo quiere *saber/iluminar* (Levinas), destituyente e inquietante a la vez. La conciencia se enfrenta a estas cosas como a aquello que no es, no tiene ni hace: todo un Otro que la desafía a ser (esclarecer). Los medievales advirtieron esto. La palabra *ob-iectum*, comporta el prefijo ‘ob-’, que remite a ese aspecto ‘emergente’ y a la vez ‘huidizo’ de las cosas que hay. (El *ob-iectum* es lo que confronta a la conciencia.) Las líneas actuales pragmáticas han recuperado esta idea: la realidad no aparece como Dato –el Dato es toda una construcción–, en sí, la cosa es –a la conciencia–, apenas Indicio.

(Para acceso a la tesis de: conciencia o saber, como ‘luz’, véase: Levinas, Emmanuel, *El tiempo y el Otro*, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 103-5. “Todo objeto puede ser dicho en términos de conciencia, es decir, puesto a la luz.” (105); “El objeto iluminado es al mismo tiempo, algo que encontramos y, por el mismo hecho de estar iluminado, algo que encontramos como si saliese de nosotros. No hay en él extrañeza radical. Su trascendencia está envuelta en la inmanencia.” (104) En la inmanencia de la luz...)

aparecen en Sala...), su pensar deviene un proceso completamente *indetenido*... (Nada le resulta suficientemente 'real' como para *intervenir* el pensar, y sugerirle, modificarle, detenerle, silenciarle u obturarlo.)

Siendo así, el fanático piensa y pensará, y mucho; y siempre, y con insistencia; nada lo detendrá: se elevará por los aires y mantendrá en volandas... Y así se sostendrá, y de ello hará su vida: sostenido sosteniéndose en un pensar sin fin, y vacío; o si se quiere: vacío, y por ello sin fin. Su condena...: no tener mental descanso. Así, como en *A puerta cerrada* de Sartre los habitantes de la sala, el fanático está condenado a una claridad perpetua. Condenado al Infierno de tener que ver, siempre, todo. La puerta está cerrada, y ya no se abrirá: nada no podrá ingresar, ni nada salir. Parece un mundo seguro... Pero esa 'seguridad' es la condena: ya no hay descanso para una conciencia 'obligada' a tenerse sólo a sí misma. No hay agujeros negros por donde obtener libertad, más tampoco ningún olor de madre que ofrezca descanso y paz.

Apuntamos algo más... A tal punto el fanático vive pertenecido a su propio mundo de especularidad –verdadera Idealidad, de pura claridad y distinción (certeza)–, que no duda ni requiere de ser 'comprado' para funcionar. No es un mercenario, es soldado: un militante. (Resulta interesante ver el 'bajo' costo que los fanáticos suelen tener para los Iluminadores.) Y no miente, no falta a la verdad..., sólo que 'su' verdad es tautológica –auto-referencial. Así, su problema no es la falta de lógica, sino su impertinencia o inadecuación con lo que hay –y él no es o des-conoce. Lógicamente es coherente; físicamente, incompatible –por ser estéticamente *impermeable*.

Dos.

i. El fanatismo en tanto acción-que-afecta..., se *sostiene en un proceso cognitivo*. (No decimos 'intelectual', sino 'cognitivo' –lo que implica la inclusión de la *emocionalidad*. Pero además debemos agregar que tal proceso

debe ubicarse aún *antes* de cualquier decisión individual. Ese proceso no sólo es habitual, sino generalizado, hasta diría omnipresente, a los hombres de un tiempo. Por lo que cada hombre es apenas un simple amplificador replicante de un modo procedimental que le precede y constituye.) Respecto el modo de conocer al que nos referimos, le reconocemos como: *un modo de pensar sin la cosa/otro*. De tal manera que si el fanatismo resulta una dolencia a un otro; a esa dolencia le precede una *in-conexión gnoseológica*; y esa in-conexión está precedida o incluye una *des-afección del otro*. (Al maltrato fanático siempre le precede un conocer *des-ocupado*, intelectual y emocionalmente, de los otros seres.)

Ahora bien, este anclaje 'cognitivo' de la acción fanática, pareciera ser toda una paradoja; sobre todo, si pensamos que de ordinario al fanático suele oponérsele el **intelectual**. En realidad, no sólo no se oponen, sino que si bien tienen acciones y efectos distintos –el intelectual por lo general está apartado del mundo existencial de la carne y los huesos–, a nuestro entender comparten la misma modalidad de proceso cognitivo. Tanto el intelectual como el fanático se remiten siempre a una *cosa-ideada* –cosa en-aspecto: cosa en-imagen: cosa en-espejo (todas: cosas-visibles). (En la antigua Grecia el término 'idea', refería lo-que-se-ve, lo que aparece a los ojos..., la faz...) El intelectual piensa ideas, aspectos, rostros...Piensa imágenes, no calores; piensa figuras, no colores.

Siendo así, 'poner en funcionamiento' al intelecto no ofrece garantía alguna de que el cognoscente esté ateniéndose a la alteridad – como *lo-que-hay-y-él-no-es*, como aquello libre en modo, espacio y tiempo del sujeto-que-conoce. De hecho, el intelectual piensa..., pero remite a bibliografía y más bibliografía. Su territorio y destino, su *hábitat* (mundo) es el libro y su *abrevadero* (fuente), otros pensadores. Pensadores que piensan lo pensado: pensadores interminables y vertiginosos que giran frenéticamente al interno de vórtices ideológicos puros en los que la única ausencia –*la cosa*, la cosa que no soy ni eres, pero que *hay* y *hace*–, estará doblemente olvidada. Parafraseando a

Heidegger, los pensadores ya no sólo no saben *lo que* las cosas son, sino que las cosas, *son*.

El mundo valora los libros, y piensa que haciendo esto está valorando el Tao. Pero los libros no contienen más que palabras. Aun así, hay *algo* que da valor a los libros. No sólo a las palabras ni al pensamiento contenido en las palabras, sino algo más..., contenido en el pensamiento; (*algo* que lo inclina al libro hacia cierta dirección), que las palabras no pueden aprender. Pero son las palabras en sí mismas lo que valora el mundo cuando las introduce en los libros; y aunque el mundo las valore, estas carecen de valor mientras *aquello* que se lo da no sea honrado.³

Chuang Tzu

ii. Ahora bien, este olvido de la alteridad por la vía de la *desocupación del otro*, es modo que también se juega en otros sitios y con otros hombres. También hay un juego de ideologización –simplemente: pensar todo en-idea–, y por cierto que muy variada, en todo ejercicio mediático de **panelización**. En los paneles de panelistas (los televisivos son sobreabundantes) no entra en juego, por caso, la *pobreza* en su modo fáctico y fenoménico –con sus padecientes, los pobres: dolidos, enfermos, clamantes, demorados; con sus rutinas atávicas y forzamientos conducidos por el *hambre* y los *fríos*...⁴ En ellos, hasta podría decirse, *entre* ellos –entre los panelistas–, la pobreza circula como ‘idea’ y en discursos, bajo una actuación de envite y regate; en una *lógica pugilística*, y consecuentemente dinámica, de estrategia y de variantes, pero siempre pura y libre de toda Cosa –en cuanto fuente y

³ Extraído de: Thomas Merton, *El camino de Chuang Tzu*, Lumen, Buenos Aires, 2001, p. 79. Las itálicas, y lo entre paréntesis, nos pertenece.

⁴ Existentes de la confortabilidad, se le hace difícil pensar al hombre devenido burgués el implacable poderío inductor del *hambre* y el *frío*, como cosas que, aunque invisibles, hacen y hacen hacer... No entran en cálculo, pero son enérgicas cosas que mandan y disciplinan a los hombres hasta matarlos.

medida del pensar. Pensamientos al aire, polimorfos, brillantes, coloridos, dinámicos, contradictorios con los otros y sobre sí..., todo un espectáculo multicolor y disfónico.

En efecto, son necesarios los contrastes, las diferencias, las contradicciones, para que el espectáculo resulte un *entre-tenimiento*; pero éste jamás será constante e interminable –como se desea...–, si la cosa no se mantiene excluida. La cosa, tercera y distinta entre pares discurseros, debe mantenerse excluida. Se hace necesario para que el debate se sostenga hasta el ‘corte’, que la cosa no irrumpa en la escena, que no interfiera: ni para iniciar, ni para modificar, y menos aún para detener al pensar, que en este caso, se hace entre ‘todos’ –los panelistas. Mientras la cosa referida permanezca ausente, entonces sí el diálogo conversacional será vivo y autosuficiente. Insistimos... No hacen falta cosas para que los temas sean; lo que es más..., si no la hay, pues tanto mejor: y es que *perfectamente ‘procede’ (se gesta y sucede) el pensar de paneles, cuando se encuentra libre de cosas. Pensar de actuación, mímica del proceso de pensar* es lo que ocurre. (¿Las cosas...?: Apenas las ‘excusas’ que ofrece este pensar mediático para darse un proceder sin término, como espectáculo y entretenimiento. Siendo así, ¡para nada resulta extraño entonces que tras el espectacular estímulo de un pensar público en movimiento, el mundo de las cosas y personas permanezca en su dinámica, pero a la vez en su dolorosa e inmutable *mismidad!*)

iii. Son el fanático, el intelectual y el panelista, claramente distintos: en sus acciones, en sus efectos. En modo alguno hemos intentado siquiera equiparar un intelectual y un panelista, a un fanático –aunque pueden convivir sin contradicción–; pero todos caben en un *modo de pensar*, que a su vez ofrece al Otro en el que el pensar ‘dice’ ocuparse –referente, cosa, realidad, destinatario–, una reiterada *neutra efectividad*. Se trata de un modo de pensar que *todo el tiempo procede, sin mutar las cosas*. Pensar que piensa ‘pensamientos’; pensar que actúa, y mucho, y a veces bien..., mas *por fuera* de la realidad a la

que declara remitir. *Esa* realidad es la que en ocasiones por cierto que espera replegada; pero en otras, reclama expresiva y contundentemente ser pensada, sin lograrlo. *Esa* realidad es la que no logra permear las Asambleas, los Consejos, los Juzgados, las Bibliografías, no se hace presente en los Congresos ni en los Debates –todos éstos, espacios reflejos, habitados por hombres especulares que se sostienen en la actuación de dramas reflexivos de claras formas, pero sin materia oscura que interrumpa.

iv. Desde hace largo tiempo que la **conversacionalidad** devino pauta socialmente recomendable, jurídica y políticamente legitimadora, y ontológicamente realizadora de la vida del hombre... La conversacionalidad, como puro ejercicio de pensar inter-subjetivo, todos los espacios ha ocupado. Obsérvese que la panelización –una de las maneras en que se ‘materializa’ la conversacionalidad–, ya no es un caso eventual del mundo de hoy, ha devenido todo un “fenómeno esencial” (Lo digo en el sentido en que Heidegger utiliza el concepto en “La época de la imagen del mundo”⁵): es decir, se trata de un modo de ser/pensar que se replica y domina en gran multiplicidad de lugares: desde ya que en los ‘medios’, pero no menos en las Escuelas, los Gabinetes, las Legislaturas... Es Vattimo, quien reconoce que: HOY el *Ser* se interpreta como *Lógos*, el *lógos* como *Diálogo*, y el *diálogo*, como *Conversación* (*El futuro de la religión*⁶). NO está mal..., hemos avanzado, y mucho, pero debiéramos saber que aún por fuera de las Reuniones quedan gentes..., y cosas. De ellas debiéramos hablar, en ellas debiéramos ocuparnos –y es que es lo que *ellas* nos piden... En este respecto, el Arte tiene mucho para darnos. (Y aunque no nos ocuparemos de ello aquí, lo diremos: Acaso nos falten poetas, y nos sobren científicos y filósofos; acaso nos falten *diagnósticos*, y nos sobren *proyectos* –puros proyectos.)

⁵ Heidegger, Martin. “La época de la imagen del mundo”, en *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1998.-

⁶ Vid.: Vattimo, G. – Rorty, R. “¿Cuál es el futuro de la Religión después de la Metafísica?”, en *El Futuro de la Religión*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 101.-

Entonces, siendo que hay un modo de pensar que no se piensa sino a sí mismo –que fanáticos, intelectuales y panelistas ejercen...–, deviene natural que pensar, y aun pensar mucho fije o abandone a las cosas tal como están; que la *pobreza* –no como idea, sino como acontecer sensible– continúe en su modo y en su imperio. Y es que se ejerce pensar y mucho y bien, pero se trata de un pensar que ve, pero no toca; que sobrevuela, pero no abreva; que todo el tiempo lanza proyectos, sin nada inyecta. La ineptitud para el cambio de las cosas –supuesto el caso de que ‘realmente’ la queramos– radica entonces en un lugar *anterior* a la falta de decisión o de provisión: se ubica en el *desacierto* inevitable que comete el pensar humano, al pensar a las cosas sin ellas ‘dentro’. Un pensar *no preñado de cosas...*, pues claro deviene así en un pensar que “rasca, rasca mucho, y rasca bien..., pero que rasca donde no pica” (Galeano).

Tres.

Las inundaciones del otoño habían llegado. Miles de torrentes salvajes se vertían furiosamente en el río Amarillo. Éste engordó e inundó sus riberas hasta hacer imposible distinguir un buey de un caballo desde la otra orilla. Entonces el Dios del Río se echó a reír, deleitado con el pensamiento de que toda la belleza del mundo había caído bajo su tutela. De modo que giró corriente abajo hasta llegar al Océano. Allí miró por encima de las olas hacia el vacío horizonte del este y quedó consternado. Oteando el horizonte, recuperó el sentido y murmuró al Dios del Océano: “Bien... El proverbio está en lo cierto. Aquel que se ha hecho con ideas piensa que sabe más que cualquier otra persona. Así he sido yo. ¡Sólo que ahora comprendo lo que quiere decir EXTENSIÓN!”

El Dios del Océano replicó: “¿Acaso puedes hablar del mar a una rana en un pozo? ¿Puedes hablar del hielo a una libélula? ¿Puedes hablar acerca del camino de la Vida a un doctor en Filosofía? (...)”

Chuang Tzu

i. Crecí en la pampa húmeda, al interno de una familia vinculada al campo, y entre actividades médico veterinarias. En aquel contexto, debo confesar que siempre encontré una muy contundente preeminencia de las **tareas...**, por sobre las conversaciones en general. Eran las tareas las que hacían la arquitectura de las jornadas; sólo en los resquicios de los días, y por lo general en el final de las actividades, nos aplicábamos a conversar. Conversaciones que además se sucedían no agresivas ni contravencionales, sino más bien festivas, livianas, descansadas; y que tampoco cargaban la muy ancestralmente académica intención de producir saber. Bajo un árbol, o varios, dentro un galpón 'a portón abierto', en una galería..., se daba esa alternativa simple, feliz y entretenida, frente al primario trabajo físico, duro, y a menudo doloroso de la vida campeana. Así es: primaba la tarea, la acción, por sobre la dicción. Insisto. No es que no se hablara...: sí que no se hablaba todo el tiempo, y que el hablar no era lo primario y lo valioso. Incluso los diálogos 'de saber' –aquellos que procuraban gestión de conocimientos...–, apagaban prontamente su reverberancia en la dedicación a lo que verdaderamente importaba: el animal por nacer, o atrapado en los alambres, el caso de brucelosis, etc. En aquel campo carecía de sentido la deliberación indetenida, sin término; y no tenía sentido porque resultaba ineficaz. Se hacía necesario atar el habla a la actuación, la actuación al resultado, y el resultado, a aquel Otro que lo demandaba o requería.

Me acostumbré a aquellos modos de pensar y de hacer... Desde pequeño que los he vivido. De alguna manera, modos en los que nosotros, los hombres, no nos ejercemos como 'lo importante': pues siempre, los Otros, nos eran Más y Mayores –aunque fueran perros, gatos, o terneros. (A menudo pienso en Francisco de Asís, que se llamaba a sí mismo: "Hermano Menor".) No eran lo primero nuestras inquietudes. Había Problemas –ya dados, dispuestos–, que organizaban Tareas –verdaderos encargos, en los que la pauta llegaba desde lo-que-no-somos. Acaso sea por ello que aún me resulta extraño, y doliente,

trabarme en disputas con interlocutores –aun los respetuosos...–, pues sé que todavía y siempre faltarán a las resoluciones convenidas (consensos), decisiones y acciones ofrecidas, provistas. Sé que todavía y siempre ‘lo concluido’, en un mundo en que el ‘diálogo conversacional’ es unánime e irrestricto criterio de verdad, de realidad, de legitimidad, correrá el riesgo de ‘resetearse’, y volverse a la conversación..., a reiniciarse y reiniciarse, metido en una dinámica indetenida y circular – quedando *otra vez* la Cosa sola, del otro lado, tras la otra cara del espejo. Me acostumbré a las tareas que *me dieron* cerdos, vacas y gallinas, y claro, por cierto que también a una parte no menos corpórea: a los diálogos postreros entretenidos y libres –episódicamente alimentados por alguna carne de algo, y un algo de cerveza o vino...

ii. El ‘decir’ en ninguno de sus modos debe negarse, JAMÁS. Y no estoy haciendo una crítica que excluye o cancela. Sea este recorrido apenas una diagnosis que procura esclarecer por qué nada nos sucede ni cambia, mientras *nos dedicamos a pensar* tanto, tan variadamente, y a menudo tan bien... Encuentro la justificación en nuestro habitual modo de pensar actual: a partir de Diálogos *puramente intersubjetivos y temáticos*.

- *Puramente intersubjetivo* indica: Entre solos sujetos parlantes que hablan una misma lengua. *Excluidos, apartados*, quedan aquellos que no hablan las lenguas de los hombres que hablan: esto es, los que gritan, balbucean, los que gimen, aquellos que hacen señas, o gestos... Pero no quedan excluidos sólo otros seres..., sino también nosotros mismos, que también ejercemos todo aquello –tan legitimado y omnipresente, de hablarnos y hablarnos. Desde antes de pensar/hablar, balbuceamos. *Precede a la representación, la expresión; al pensamiento, le precede el gesto* (Merleau-Ponty). (Ahora bien... ¡Tal cosa continúa sucediendo, Señores...! El modo-niño, no es cosa que se nos pase siendo adultos.)

Puramente temático implica: De solas representativas palabras que sostienen variadas ideas. *Excluidas, apartadas* quedan las cosas en

su libre actividad. Enlatadas, conjuradas, detenidas, muertas, capturadas..., las cosas devenidas *temas* (conjeturas, tesis, interpretaciones) rebotan entre los dialoguistas conservando sus singulares formas. Todo un *juego de rebotes*, eso es un diálogo hoy. Visualicemos cualquier panelización –de Fútbol, Educación, Política, Economía... Hay un espacio/tiempo, casi puro --apenas intervenido por la eventualidad ‘necesaria de la pauta publicitaria; elementos que son diversos, dispersos, heterogéneos..., pero siendo ideas en-palabras, se conjugan y confrontan entre sí como las cartas de una baraja; eventualmente hay un árbitro, pero no arbitra: sólo a garantiza que haya rebotes –la esencia del juego–; y hay unas reglas muy amplias..., en la que todo vale, menos, conjuntamente, concluir y concordar –ambas jugadas detendrían fatalmente el Juego–; ahora bien, lo que nunca deberá suceder –pues sería la extinción misma del Juego--, es que las palabras mueran, y aparezcan en juego la acción o la cosa... Es imprescindible que finalmente ninguna Cosa ni Acción suceda..., para que los sucesos lingüísticos/ideológicos sigan ocurriendo en rebote: para que el Juego pueda continuar. ‘Juguemos a hablar’: ‘Juguemos a pensar’ –tal es la propuesta, y muy legitimada, de hoy. ¡¡Hablemos y pensemos puramente, en ausencia de las Cosas, que interfieren, y de las Acciones, que transforman..., sólo así podremos continuar jugando...!! ¡Pues claro, sin que nada ocurra...!

El Diálogo hoy ocurre en-sí y sobre-sí –nada debe mutar, nada debe arribar: sería interrupción--, todo debe estar allí, en ese lugar y tiempo. Pero entonces tampoco nada sucederá... Como en un *carroussel*, hay movimiento, pero no transformación. Estímulo sin consecuencia: un simulador de vuelo, un espectáculo televisivo, el turismo aventura, el edulcorante, o un *snack*, van en el mismo sentido. Todo se llega al receptor, pero para que nada cambie –ni el sujeto, ni las cosas. No traslación, y no mutación; turismo, no viaje: sabor, no nutrición. Solemos complacernos eufóricamente con estos procesos que actuamos... “¡Estamos cada vez más democráticos..., más tolerantes...!”

¡Observemos cuánta atención y aceptación de la diferencia...–en la Televisión, el Congreso, en los Consejos, las Escuelas, Asambleas, Gabinetes...! ¿Es lo mismo tolerar la *diferencia* que tolerar *lo diferente*...?! ¿Acaso la diferencia no es una ‘idea’...; y acaso no es por ello que la aceptamos... –como fácilmente se acepta todo aquello que no nos roza, ni se mete con nosotros...?! Lo diferente *está*, y compite con nosotros –ocupa un espacio, un tiempo. La diferencia es una relación: Lo diferente es un *otro*, una *cosa*. ¿Cuánto de ‘heroico’ tiene la aceptación de la ‘diferencia’...–cuando la *diferencia* es una idea ‘al aire’, un fuego de artificio, que además viene de un par –que cobra por las diferentes ‘estocadas’, igual que yo...?! Entretenidos, jugando con ideas en la lejanía de las cosas... ¡cualquiera acepta, y hasta generosamente, una distinción...! Los fuegos de artificio no son un incendio: un espectáculo de coloridas ideas, no es pensar. (Hay un movimiento en el rugby, que suelen utilizar los *wines*, en el que se ‘fija al defensor’ por medio de ‘una corrida *hacia* el jugador’... Pues bien, de algún modo, de manera análoga, el diálogo conversacional puramente intersubjetivo y temático, en el mismo ‘hacerse cargo’, en el mismo ‘ocuparse’, fija *aquello* sobre lo que versa –lo deja ‘tal como está’, y es en ello, que *lo elude*.)

Finalmente...

Vaya mi reconocimiento a todos aquellos que como alguna vez sostuvo Piera Aulagnier, piensan que la *teoría* es apenas un ‘momento’ del proceso cognitivo; a todos aquellos que contactan, antes de pensar; a los que des-cubren, antes de proponer; a los que dan paso; a los que con-ceden; a los que partean. Vaya mi homenaje y mi respeto a los que se ocupan del “mundo mudo” (M. Serres – *El contrato natural*) de las cosas y los hombres... A aquellos que no van a las Asambleas, Convenciones, Manifestaciones..., pero que de uno u otro modo habilitan y sostienen las posibilidades de acción de asambleístas, conferencistas y manifestantes.

La historia parece repetirse... (El mundo “gusta de simetrías” – solía señalar Borges.) Alguna vez y allá lejos, en la Grecia antigua, unos hombres libres, se dieron el permiso de pensar libremente. Pues bien...

También aquellos varones pudieron hacerlo, habilitados por el cumplimiento de ‘muy humildes’ tareas, obradas por esclavos y esposas.-

